

ENTREVISTA A HORACIO GONZÁLEZ

A la memoria de Horacio González

Horacio González nació en febrero de 1944. Sociólogo, docente, investigador, ensayista, fue principalmente un militante de la construcción de una identidad nacional que se rebelara contra las imposiciones.

Su partida en julio de 2020, tan dolorosa y próxima a la de Alcira Argumedo, nos deja –entre tantos laureles, afectos y sabidurías inextinguibles– sin dos de los principales referentes de uno de los capítulos más destacados de una UBA comprometida con las luchas populares: las Cátedras Nacionales.

El encuentro de voces que aquí presentamos, ocurrido el 26 de abril de 2021 y que ahora se hacen oír mediante *Espacios*, se dio de una manera tan amable que jamás habríamos podido siquiera imaginar que se trataba de la última entrevista brindada por nuestro querido Horacio González.

Lo tristemente irreparable describe la paradoja de lo especialmente conmovedor, del momento secretamente único: escuchar a Horacio “dar cátedra” sobre las Cátedras y su contexto intelectual y político; sentirlo compartir con generosidad sus dotes de agudo pensador, militante memorioso, fino ironista y afectuoso conversador. Y así, disfrutamos al Horacio de ahora y de siempre, hilando testimonios históricos y fragmentos de su vida; invitándonos a la interrogación, a hablar y reflexionar sin miedo, a la crítica con hondura poética, y formulando un llamado más al movimiento universitario popular, para la transformación social y universitaria por venir.

Daniel Berisso
Florencia Faierman

Equipo Editor de la revista Espacios de crítica y
producción (FFyL, UBA)

Facundo Giuliano

Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación
(FFyL, UBA) / CONICET

Florencia: –Bienvenido, Horacio González. Hola, Daniel. Hola, Facundo. Yo soy Florencia Faierman, Subsecretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil de la Facultad de Filosofía y Letras. Vamos a entrevistar a Horacio González, en el marco de los 200 años que está cumpliendo la Universidad de Buenos Aires y sus celebraciones. En ese marco, desde la Facultad de Filosofía y Letras nos propusimos hacer, entre otras cosas, algunos recorridos por distintas experiencias que tuvo la Facultad, en particular desde la Secretaría de Extensión, pensando en cómo esas experiencias pensaron, configuraron, imaginaron y/o llevaron a la práctica los vínculos con “lo externo” a las paredes de la Facultad. Ya sea otros actores sociales, actores políticos, ideas, organizaciones, proyectos.

Daniel: –Yo reitero el agradecimiento de conocer a Horacio. Lo vuelvo a repetir, aunque sea por este medio tecnológico. Y realmente también agradecido de estar ante una persona de gran trayectoria política, académica e intelectual y de gran compromiso militante y docente. Y también agradezco participar de esta charla junto a mi amigo Facundo, con quien hemos compartido muchas veladas académicas, seminarios en común y proyectos de investigación.

Facundo: –Desde ya también muy agradecido, Daniel, Florencia, por esta invitación y propuesta. Y también siempre es un gusto reencontrarnos con Horacio y sobre todo para conversar. Y si la excusa de la conversación tiene que ver con algunas evocaciones y provocaciones, desde ya que se torna todavía más interesante. Así que, bienvenida sea la conversación.

Horacio: –Bueno, muchas gracias.

Daniel: –Siempre nos hemos quejado de la “universidad isla” separada de la comunidad y del campo popular, y me parece que en este homenaje desde la Facultad y la SEUBE por los 200 años de la UBA, es importante rememorar el tema de las Cátedras Nacionales. Incluso también desde un interés común que tenemos por la educación popular y por la articulación entre la universidad y el pueblo. Entonces, en el marco de esta evocación está ese claro

**referente que es una marca importante en la memoria colectiva.
Por lo tanto, como punto para arrancar me parecería preguntarte:
¿cómo definirías las Cátedras Nacionales y su contexto de
surgimiento?**

Horacio: –En principio fue una experiencia pedagógica, política. Si pongo primero la palabra pedagógica estoy invirtiendo un poco el modo en que se las hubiera definido unas décadas antes, donde la palabra “político” hubiera aparecido en primer término. Yo las recuerdo como un intento realizado en un terreno poco propicio –porque la Universidad estaba intervenida– para intervenir en la pregunta por las bibliografías, la toma de exámenes, el acto de dar clase y el vínculo entre profesores y alumnos. Esto cambia un poco la perspectiva para definir las, porque el modo político en que podrían ser tenidas en cuenta es simplemente denominarlas como parte de un tipo de acción militante en la universidad, que pertenecía a las tantas manifestaciones de la época en torno al regreso de Perón. Entre las características específicas que me gustaría recordar ahora está el modo en que se interrogó sobre la forma universitaria que se había agotado con la intervención de Onganía. El rector en ese momento creo que se llamaba Botet. Era un hombre de la Iglesia. La intervención acudió a muchos profesores vinculados a la Iglesia. Fueron estos los que iniciaron las Cátedras Nacionales; de modo que su inicio pertenece a un momento no previsto. Porque, en realidad, la llave que abrió esa experiencia fueron dos profesores que venían con la intervención de Onganía, venían como parte de aquellos profesores en los que había confiado Onganía. Es decir, el golpe del 66 se preparó, como todos los golpes, con cierto apresuramiento. Por supuesto hubo meses de conversaciones entre los militares y demás, pero casi siempre la cuestión cultural, universitaria, de los golpes de Estado se presenta problemática. En este caso, había una cierta conciencia de los militares de interrumpir la experiencia que se había abierto con la Universidad del 55.

Hay ahí una paradoja importante porque esa Universidad del 55 fue la que habitualmente se recuerda cuando hay actos por la Noche de los Bastones Largos y demás. Porque fue una universidad de calidad, una universidad del progresismo argentino de alto nivel, donde se ensayaron experiencias que hasta hoy están presentes: la renovación de la Facultad de Ciencias Exactas; la creación de nuevas carreras, notoriamente la de Sociología, la de Psicología dentro de la Facultad de Filosofía y Letras, lo cual representaba no pocos problemas para la tradición de la Facultad de Filosofía y Letras; y la aparición de profesores que habían sido exiliados o apartados durante el

peronismo, como el caso notorio de José Luis Romero, quien fue Decano –primero Rector de la Universidad inicial del 55– y después Decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Eran los que eran portadores de una cierta renovación cultural intelectual importante porque no habían dejado de actuar en la prospección política; estaban proscritos pero no perseguidos. Proscritos de la universidad, digamos. Y publicaban revistas, una muy conocida, *Imago Mundi*, que era la revista de los historiadores. Y todo ese grupo pasó a ser el de los profesores de la nueva universidad, de modo que ahí entró la corriente francesa de las mentalidades, ahí entró la sociología funcionalista norteamericana; y en Ciencias Exactas, que fue la otra facultad más remodelada sobre sus viejos cimientos científicistas, entraron profesores como Rolando García, que venían de estudiar las grandes innovaciones que habían ocurrido en el campo de la microfísica y de la microbiología.

Sin embargo, el cese de esa Universidad por vía de la renuncia de cientos de profesores dejó un descampado, un desierto... Formó parte de un lamento "bíblico" de alumnos, ayudantes, de la vida cultural en general. ¿Cómo sustituir eso? El equipo cultural de Onganía tenía como profesores personajes allegados a la Iglesia, que tiene muchos intelectuales y muchos profesores también. Y uno de los que iniciaron la experiencia de las Cátedras Nacionales era Justino O'Farrell. Justino O'Farrell era un cura de origen irlandés, un cura de barrio. Todos creíamos que era un alto exponente de la vida intelectual jesuítica. De algún modo lo era, porque había estudiado sociología en Berkeley; era una sociología borrosa, muy intrincada. Parecida al funcionalismo de los profesores que habían renunciado, pero formaba parte ya de lo que en la Iglesia no era un comienzo de algo nuevo, sino algo que se venía madurando en las reuniones eclesiales en Medellín sobre todo. Era un cierto tercermundismo. Es decir, se trataba de buscar un sujeto popular para una vida cristiana liberada, conjugada con las diversas formas de liberación. Solo que esto no lo conocía Onganía, ni el Ministro de Educación, ni el Rector de la Universidad.

El otro profesor que inició esta experiencia fue Gonzalo Cárdenas, que venía de Lovaina, una Universidad Católica en Bélgica, y que había estudiado Economía. De modo que con esos dos profesores, poco a poco, a través de ciertos signos evidentes –primero fueron combatidos por el movimiento estudiantil que estaba proscrito también–, entrábamos subrepticamente a la Universidad. Varios teníamos la entrada prohibida. Había policías que miraban los rostros con fotografías en la mano. El que podía entrar, el que no podía entrar. Las clases eran interrumpidas por bedeles, que eran policías,

para ver quiénes estaban adentro. En fin, nada que sea relevante para los lamentos, considerando la medida de lo que después pasó. Pero lo cierto es que eran universidades controladas policialmente y estos profesores dieron ciertos signos, intentos de hablar con el movimiento estudiantil. Esto se concretó y comenzaron a tejerse ciertos acuerdos. Los acuerdos eran después evidenciados en las bibliografías de Frantz Fanon por ejemplo, y otras que no recuerdo. Pero las mismas clases eran clases de tipo tercermundista, y poco a poco los profesores que no habían renunciado se acercaron a lo que de alguna manera llamaríamos una coalición entre los profesores interventores que venían del cristianismo social. El gobierno militar no había previsto que por ser cristiano uno también podía ser un militante social hasta de izquierda o tercermundista. No tenían eso en la cabeza los militares. Eso fue una novedad. Lo cierto es que ocurrió por la vía de una fuerte presencia de una línea cristiana tercermundista de izquierda, pero que venía embozada o no había declarado sus propósitos.

A medida que Onganía se iba debilitando por las huelgas, la primera que recuerdo fue la portuaria, después el Cordobazo, se fueron formando cátedras alrededor de dos profesores y de alguien que se acercó no habiendo renunciado, que en aquel momento era Jefe de trabajos Prácticos de una de las materias. Se llamaba Roberto Carri. El renunciar o no renunciar fue un dilema ético de gran importancia. Recuerdo lo que sucedía en aquel momento. Yo hacía dos años que estaba en la Universidad, o tres, no me acuerdo. Era una catástrofe, habían renunciado los profesores. ¿Qué iba a pasar con esos estudios? ¿Qué iba a pasar con esas revistas que veíamos haciendo, como *Cuestiones de Filosofía* que dirigía Eliseo Verón? Se había producido un vacío que sólo podía originar un gran lamento.

Y del otro lado estaba la discusión de la izquierda. Carri era un militante de izquierda, un militante de una izquierda muy "aprobada". Era mayor que nosotros. Y había grupos del peronismo de izquierda también, que habían promovido la no renuncia de profesores con la idea de que en ese vacío se podía recrear otro tipo de universidad que no era la universidad de los liberales que había surgido en 1955. Se había pensado en una universidad con ciertas jerarquías académicas que nosotros vinimos a relativizar digamos. Vinimos a tomar exámenes en condiciones igualitarias, y el profesor era uno más, era un *primus inter pares*, digamos. De modo tal que ahí se esbozaba una experiencia pedagógica de gran amplitud que no pudo ser desarrollada. Por lo tanto, veo que hay una vigencia de la pregunta por el juicio de aquella universidad cuyos profesores, cerca de seiscientos, renunciaron con

la idea de que iban a producir un hecho internacional que los iba a reponer rápidamente en su puesto. Eso no fue así, y lo que se fue reponiendo fueron profesores más bien improvisados. Y en su improvisación produjeron un hecho novedoso desde el punto de vista pedagógico: habían cambiado toda la bibliografía y daban pábulo a las acusaciones obvias: que se estudiaba solamente marxismo, que se tomaban exámenes irresponsables. Yo no vi eso. Vi que los cambios que se estaban haciendo no eran cambios muy meditados, pero eran cambios que se hacían en el vértigo de la movilización social. Por lo tanto, tenían un sentido y, visto desde hoy, siguen teniendo sentido en la medida en que sean pensados de un modo que le dé cimientos más regulares y más productivos. Pero lo cierto es que revisar exámenes, bibliografías, formas de conversación, formas de relacionar alumnos y profesores y formas de vincular la movilización social a la movilización estudiantil, son todos temas vigentes.

Daniel: –Horacio, ¿cuál era la relación de las Cátedras Nacionales con otros actores extrauniversitarios?

Horacio: –Había un resto del viejo nivel áulico de la universidad anterior, por parte de un peronismo, áulico también, un progresismo que había declinado su fuerte presencia en la Universidad, y jóvenes que teníamos una ansiedad militante. En el caso de nuestras cátedras, que eran coordinadas por Roberto Carri, nuestra relación era con Raimundo Ongaro. De hecho, éramos todos repartidores del periódico de la CGT. También éramos diarieros. Íbamos a la CGT de los Argentinos a buscar el diario¹ que hacía Rodolfo Walsh. Yo recibía personalmente el diario de Rodolfo Walsh. Había una estrecha relación con la Federación Gráfica Bonaerense. Allí se repartía el diario de la CGT de los Argentinos. Y nos asombraba que se nos dijera “profesores de bajo nivel”, “improvisados”, etc. Ya no estaba Jorge Luis Borges en la Universidad, dado que también había renunciado. Pero nosotros repartíamos la pluma de Rodolfo Walsh, que no tiene poco de borgiana. Es un período que hay que estudiar con detenimiento. Por lo que recuerdo, las discusiones eran filosóficas. Voy mencionar el nombre de Norberto Wilner, que es un gran filósofo, que publicó libros fuera de todo academicismo, fuera de toda lógica de pensamiento habitual; un filósofo difícil de definir. En realidad, un teólogo con una teología muy delicada, muy profunda. Era también parte de toda esta experiencia. Recuerdo también a Enrique Pecoraro, que es uno de los desaparecidos; también un sociólogo de alta calidad. Teníamos la crítica de Eliseo Verón que estaba en el horizonte permanente. Hoy no se

1. Se refiere al Semanario de la CGT de los Argentinos, dirigido por Rodolfo Walsh. Llegó a editar 55 números entre 1968 y 1970, y contó con la colaboración anónima de periodistas, artistas, profesionales y “corresponsales populares”.

podría creer: antes de morir Verón escribió sus columnas en *Perfil*, se convirtió en el Director de los cursos de periodismo del diario *Clarín*, etc. Él había empezado en la revista *Cuadernos de Filosofía* criticando a Merleau-Ponty porque no era marxista. Digo esto porque la vida va cambiando a través de lógicas que no siempre son discernibles.

Hay que pensar la fuerza y la presencia que tenía el cristianismo social. Ongaro era un gran orador, un orador inigualable en el movimiento obrero argentino. A mí me fascinaban sus discursos. Me producía un cierto escalofrío ir a la Federación Gráfica. Y volví muchos años después, incluso recientemente, y me sorprendí de que no me provocase nada. Durante aquel momento entrar allí era una ebullición de gente permanente. Siempre había alguien haciendo algún discurso, sobre todo Ongaro que decía: “tomaremos los regimientos”. Todavía no estaba lanzada la gran ecuación de la militarización de la vida política juvenil. De ahí que la frase “tomaremos todos los regimientos” era estremecedora. Recuerdo las mesas redondas con Rodolfo Walsh. En un caso, él presentaba el diario de la CGT de los Argentinos y yo la revista *Envido* que se hacía en la Facultad y que dirigía Arturo Armada. Era una revista cristiana, también; yo no lo era, pero esa revista era una revista organizada a partir de cierto cristianismo social. En un momento me encontré en la CGT de los Argentinos, ante una enorme cantidad de público, con Walsh presentando el diario y yo una ignota revista estudiantil. Había una ruptura de los modos como se piensan las presencias personales. Había una anulación de todo lo que hoy se usa cuando hay una mesa redonda para presentar a las personas: doctor tal y cual, estudió en Pensilvania y se graduó en no sé dónde. Bueno, eso no existía. No existía el currículum, existía el vértigo de la presencialidad, para decirlo en palabras de esta hora. También estaba el Sindicato de Farmacia, de Ferraresi, el papá del actual ministro, que también era un sindicalista de la llamada “izquierda peronista” (aunque estos nombres habría que revisarlos todos para ponerles nombres un poco más precisos), donde había reuniones universitarias.

Florencia: –Claro, usaban los espacios de los sindicatos para actividades universitarias.

Horacio: –Eso era un momento anterior de la resistencia peronista. Yo creo que lo que vi era una segunda o tercera etapa de esa resistencia, y no sé si habría que llamarla “resistencia peronista”. La resistencia, sí, fue en la Unión Obrera Metalúrgica, en la Unión Obrera de la Construcción, en la Unión Obrera Textil; todos los sindicatos cuyos dirigentes después fueron

blancos militares de las organizaciones armadas. Es una de las grandes paradojas. Donde se hacían las bombas molotov era en los grandes sindicatos y la resistencia era una resistencia que no tenía las fórmulas organizativas complejas, que habían sido obtenidas del ejemplo argelino: del Frente de Liberación Nacional de Argelia y de otras experiencias, más encumbradas desde el punto de vista militar, guerrillero. La resistencia peronista era una artesanía de la violencia, entusiasta y precaria, y que generó muchos muertos o héroes que hoy son todos personajes olvidados. Y además eran más peronistas. “Más peronistas” no sé qué quiere decir, pero no estaba a la vista la lectura de Fanon. Un personaje así no cabía dentro del peronismo. Hay un salto epistemológico muy grande entre la conducción política de Perón y una experiencia como la de Franz Fanon vinculada a la fenomenología sartreana. Pero, sin embargo, en las Cátedras Nacionales se veía a Perón, de ahí la idea de que pasar de Fernand Braudel a Perón es un salto enorme. Yo por ejemplo di clases sobre Perón, ahora ¿sobre qué Perón? Ese era un problema, porque Perón era un profesor de la historia militar. Y la historia militar es un conocimiento desacreditado en las universidades. Yo no lo pensaba así porque ya intuía que la vida militar iba a ocupar buena parte de la vida estudiantil, pero una cosa es ser guerrillero y otra cosa es ser oficial de una institución militar. Ocurre que la tradición de izquierda peronista a la que pertenecía tenía cierto desdén hacia los textos militares. Pero una materia que daba yo, cuyo titular era Gunnar Olson, el esposo de Alcira Argumedo que falleció trágicamente en México, eran materias en las que teníamos la misma bibliografía militar que daba Perón en el Colegio Militar. En aquel momento no percibíamos que lo hacíamos para suplir algo que la universidad de por sí tenía que dar, lo hacíamos como una travesura. Pero disputábamos la educación intelectual con los jóvenes oficiales que tenían nuestra edad y con los que muchos se enfrentaron militarmente. A mi juicio, en ese momento las Cátedras Nacionales traían esa abominable bibliografía que espantaba a mucha gente y que es la vida paralela de la vida intelectual argentina.

Daniel: –¿Cómo era la recepción de esos temas? ¿Cómo era la participación de los estudiantes dentro de las Cátedras Nacionales?

Horacio: –Bueno, era una participación que hoy dudaría de decir que era entusiasta. Porque cuando había un Perón que estaba en Madrid mandando cartas... Decía cosas como: “si yo tuviera veinte años también pondría bombas”. En fin, hay que examinar con más cuidado toda esa correspondencia

porque si uno la piensa como tan literal, evidentemente, no es exacto decir eso. Si uno la piensa como mentirosa tampoco es exacto. Evidentemente eran frases que partían de un gran archivo de frases adecuadas para la ocasión, lo cual en sí mismo no me parece bien. Pero de todas maneras en ese clima no había muchas posibilidades de pensar. Eran miles de alumnos que cursaban, por lo menos eran veinte materias. Eran veinte materias que no estaban concursadas. Eso, si me permitís, rápidamente, te voy a plantear un tema también de gran interés. No estaban concursadas porque los profesores que habían sido designados por Onganía como directores de las carreras de Sociología, Psicología o no me acuerdo que otra más, eran los profesores que se creyeron leales al gobierno militar. O sea, los cursillistas, los que habían hecho el curso de formación católica. Los que apoyaban a Onganía. Había algunos que sí apoyaban. Pero los que no apoyaban, y que directamente pasaron a ser parte del conjunto de las Cátedras Nacionales, nombraban profesores a dedo, vamos a decirlo así. De modo tal que esta expresión es despectiva, pero en aquel momento también a los concursos universitarios los cuestionábamos. Había algo como lo que Derrida o Rancière llamarían políticas de la amistad. El compañero más capacitado que se sentía con más devoción hacia dar una cátedra, daba una cátedra, se convertía en profesor. Eso puede ser revolucionario, o chanta. Esa cuestión está en la mesa de discusión.

Pero cuando viene Lanusse, Lanusse es un liberal. Y Lanusse interviene en la cuestión universitaria y percibe lo que es la universidad que había dejado Onganía, movilizada, guerrillera, leyendo a Franz Fanon, leyendo a Perón. El Perón que te dije, el de la bibliografía militar, que es una bibliografía exquisita de leer. Entonces, Lanusse está dispuesto a intervenir, y re-interviene las Universidades y se llama a concurso. El llamado a concurso nos sorprende a todos. En la agonía de la "Revolución Argentina", así llamada, Lanusse pone a funcionarios universitarios. Y se llama a concurso. Lo primero que hacen las Cátedras Nacionales –hoy las llamaríamos "nacionales y populares"– es denunciar los concursos; lo que aún hoy se puede decir que son los concursos: formas de reproducir el modo en que se gobierna la universidad. De una manera u otra, se reproduce lo existente y siempre aparecen fisuras que permiten que haya una movilidad que no es posible desconocer tampoco. Pero lo cierto es que lo primero que hicimos es cuestionar el tipo de concurso que se iba a hacer y participar en ellos. Y todos participamos de los concursos y todos los perdimos. Porque los jurados evidentemente también habían sido puestos por la nueva intervención que no me acuerdo quién

era. De modo tal que el movimiento estudiantil, que era un movimiento estudiantil totalmente adepto a las Cátedras Nacionales, no por inducción sino porque formaban parte del espíritu de la época, se opone a los concursos. Y de nuestra parte, los jóvenes profesores tuvimos que hacer otra cosa. De modo que se produjo durante varios meses una disputa entre los profesores concursados, por ejemplo Portantiero. Portantiero estaba concursado, él volvió a entrar. Pero lo cierto es que Portantiero y muchos otros entraron ganando concursos. Por ejemplo, Portantiero ganó el concurso de la materia que tenía Justino O'Farrell que se llamaba Sociología Sistemática, que había sido la materia de Gino Germani, o sea, la materia troncal de la carrera.

El movimiento estudiantil, el Centro de Estudiantes, que era el Centro de Estudiantes dominado por lo que hoy llamaríamos "La Cámpora" –en ese momento creo que era la Juventud Universitaria Peronista–, aceptó esos concursos pero sostuvo lo que también estos profesores de izquierda sostuvieron, que se quedaban con la cátedra los que los estudiantes eligieran en la asamblea. Esa fue una experiencia que no vi estudiada por nadie, pasó casi desapercibida, pero durante dos meses todas las cátedras tenían dos profesores. Por ejemplo, Justino, que falleció hace unos años, y que era realmente un cura de barrio. Era un personaje ingenuo y sensible al mismo tiempo, de la Iglesia de San Cayetano, que volvió a dar misa ahí. Él entró como decano de la Facultad en el 73 en andas de los estudiantes. En ese momento daba clases Justino una hora y media, y otra hora y media daba Portantiero. A mí me tocó con Oscar Landi, daba clase una hora y media yo y otra hora Oscar, del cual yo era amigo; en ese momento cesó un poco la amistad y después volvimos a ser grandes amigos. La historia tiene esos entrelazamientos. Y los estudiantes, pobres, escuchaban las dos versiones de la historia, hasta que en algún momento alguien decía: bueno, vamos a votar. Y las votaciones –todas– iban en dirección al que era el profesor que había ganado el concurso. O sea, triunfaba la institucionalidad. Nuestra idea ilusoria, utópica, era que podía triunfar quizás nuestra institucionalidad contra la institucionalidad burguesa de la universidad. Pero no era así. Un estudiante –estábamos locos, la verdad–; un estudiante dentro de la universidad quiere el título, y el título ¿quién se lo va a dar? ¿Un cura de barrio firmando en nombre de nuestro señor Jesucristo? Por ahí vale más para la eternidad, pero para conseguir un trabajo o dar clases un título así no valía para nada. Por lo tanto, Justino perdió las tres clases, perdió la votación. Los estudiantes querían las clases. Ahí nos dimos cuenta lo que es una época, cómo arrastra una época. Ya habiendo una institución que se iba consolidando ¿por qué apostar a unos

locos que hablaban de la Revolución Argelina y desprofesionalizaban la universidad? Eso no podía ser. Yo duré cuatro o cinco clases también con Oscar Landi. Porque además nosotros habíamos hecho un programa historicista. Es decir, la historia a medida que iba sucediendo como un encadenamiento de formas dialectizadas, podríamos decir. Éramos hegeliano-marxistas. Nos llamábamos cátedras nacionales peronistas, pero la lógica de la metodología y del espíritu que nos dirigía era el hegelianismo marxista y adorniano. Las únicas cátedras que daban a Theodor Adorno eran las nuestras. El otro programa era un programa de análisis político, de coyuntura. Y es un poco el giro que dio la Facultad a partir de ahí. Pero hubo precisamente una chica vinculada a las Cátedras Nacionales, ahora no me acuerdo el nombre. Era la más jovencita y la más inexperta. Sin embargo, duró hasta al final. Portantiero tuvo que juntar como veinte clases de un cuatrimestre, porque a los estudiantes les gustaba esta chica ingenua que decía cosas ingenuas frente a la analítica, política de Portantiero. Por lo tanto, Portantiero era el profesor regular, pero se tuvo que aguantar durante una hora a esta chica que tenía derecho a decir otras cosas, mientras todos eran un poquito mayores. Los dirigentes de las Cátedras Nacionales fuimos perdiendo esas elecciones tan extrañas donde los estudiantes votaban a su profesor. Y salía siempre el concursado. Es decir, salía la voluntad institucional, que justifico plenamente. Imaginate si hubiera triunfado la utopía de profesores no concursados, no nombrados por nadie, que estaban esperando el avión negro. Era para una obra de Rubén Rozenmacher. Era para Gombrowicz, no para la universidad. Era un cuento de Aira lo que estábamos haciendo. Entonces lo recuerdo con cariño, pero me doy cuenta del absurdo en el que estábamos metidos. Y después la historia es conocida, la disgregación, las diferencias internas de los grupos armados que se trasladaba enseguida a los grupos de profesores y a los grupos barriales. En mi caso fui a militar a un barrio, de modo que también en los barrios se discutían estas mismas cuestiones. Lo que me parece digno de ser recordado es un intento de renovación pedagógica, de renovación de los programas y de renovación de la relación estudiantes-profesores, sin que esto haga perder la seriedad sino que, por el contrario, recree una verdadera seriedad epistemológica y política en las universidades.

Facundo: –Me gustaría que exploremos un poco esa idea de universidad que estaba latente en las Cátedras Nacionales con respecto a la integralidad de las prácticas y también en contra del

formalismo academicista. Y en este sentido te quería preguntar de qué manera, si había alguna conexión, o disputa, o forma de reapropiación con respecto a la Reforma del 18, por ejemplo. Si había alguna reapropiación de esa tradición, si había una disputa, una conexión, o en particular... había una discontinuidad respecto de aquellos planteos. Por ejemplo lo de los concursos es una, ¿no? Por esta configuración del poder.

Horacio: –Mirá, la universidad. ... creo que muy pocas cátedras; la que estaba yo sin dudas y otras pocas discutieron qué es una universidad, y cómo se establece la comprobación del conocimiento y qué es el conocer y qué es dar una clase. La Reforma Universitaria no, no... No recuerdo que la Reforma Universitaria fuera un lugar apreciable. Incluso hasta hoy, en el modo en que se reponen líneas de trabajo del peronismo, del peronismo oficial, o de militancias peronistas más desligadas de la obligación ortodoxa, la Reforma Universitaria es más valorada. Por ejemplo, hay muchos discursos de Cristina Kirchner, o del propio Néstor Kirchner valorando la Reforma. Y siempre obligatoriamente se le agrega la abolición de la matrícula estudiantil en la época de Perón. El pago por exámenes, el pago por inscripción. Y se ponen los dos hechos, el hecho moral intelectual de la Reforma y el hecho económico del fin de los aranceles en el mismo plano. Ese es un tema. Un tema difícil de discutir porque lo que pasó con el peronismo de cualquier orientación es que se asumió la Reforma Universitaria como una movilización social de gran importancia, pero no más que el modo en que el peronismo hizo de la universidad una universidad gratuita. Eso es para discutir. Yo varias veces lo he discutido y me doy cuenta que cae mal, porque es abandonar el aspecto social de la universidad donde cualquiera podía entrar. La Reforma Universitaria elaboró la idea de los concursos, la democratizó, las cátedras paralelas, modificó los programas e izquierdizó en forma un poco positivista por un lado, la universidad, y otro poco, a través de un modo más imaginativo. Una izquierda cultural de otra índole, no necesariamente positivista. Pero de todas maneras, la concepción universitaria era que no le era fácil entrar a cualquiera. Con el peronismo eso ocurre: se masifica la Universidad, y al mismo tiempo se forman agrupaciones políticas peronistas que controlan la Universidad de un modo no demasiado diferente a como lo controla hoy el aparato radical a la Universidad, pero menos amable, por decirlo así. Porque como el peronismo era minoritario en la universidad anterior al 55 empleaba algunas formas de coacción para imponer su presencia. No me acuerdo cómo se llamaban los grupos. Sobre todo en la Facultad de Derecho era

un grupo más bien violento el grupo peronista. Pero el modo de controlar la Universidad y el mundo estudiantil no difiere del modo en que después la controló el radicalismo hasta hoy. Los radicales no emplean formas de violencia, emplean formas articularias que eran los concursos, y la distribución de concursos y las hipótesis sobre los concursos, que es un modo específico de hacer política universitaria. En fin, no sé si digo cosas que están mal, tendría que pensarlas mejor, me agarraron de sorpresa... En fin, era una fusión de estudiantes, simpatizantes del vehículo armado, digamos, y oficiales jóvenes del ejército que tenían la bibliografía militar encima y se asomaban a otra bibliografía social.

Florencia: –Yo quería preguntarte, en esta línea que venís comentando, si vos comprobaste o ves algún cambio o cambios, que seguramente hubo, cuando finalmente asume Rodolfo Puiggrós como Rector de la Universidad de Buenos Aires y en Filo el Decano y después la Decana interventores. Me refiero a esto que vos decís, de la reflexión, que vos la hacés ahora, pero que seguramente la tenían en ese momento, sobre el tema de la bibliografía a utilizar en las materias, esta renovación pedagógica que venían planteando desde las Cátedras Nacionales. ¿Ves a partir del triunfo de Cámpora, pero principalmente y localizadamente de Rodolfo Puiggrós en la UBA, una materialización más institucional de esos cambios que venían produciéndose a partir de las Cátedras Nacionales? ¿O hay una continuidad? ¿Vira el foco de la política académica en la Facultad de Filosofía y Letras particularmente, a partir de que aparece Puiggrós? ¿Qué pasa en ese cambio?

Horacio: –No recuerdo bien, porque fue muy breve el período de Puiggrós, no sé si fue un año. Puiggrós, como dije, tenía una amistad personal con Perón. Perón lo estimaba a Puiggrós. Todas las tesis de Puiggrós seguían siendo las tesis del Partido Comunista, de la etapa democrático-burguesa, pero aplicada en este caso al peronismo. Y ocupó todo el período de Cámpora, que fueron tres meses. Después, el Vicerrector que era Ernesto Villanueva, que era muy joven, tendría 26 años, 27 años, se hizo cargo del Rectorado. Villanueva sí tenía un compromiso directo con las organizaciones. Entonces, por un lado, Puiggrós duró poco y podría estar más ligado a la idea de los cambios bibliográficos, los cambios pedagógicos. Pero lo cierto es que no tuvo tiempo de hacer nada. Hizo homenajes, nombró a

Arturo Jauretche, que eso fue una gran novedad. O sea, había cambiado totalmente la línea. Eso para juzgar hoy, cómo hacer un cambio de línea editorial. EUDEBA publicaba los grandes autores de la bibliografía de las materias de Ciencias Sociales, de Filosofía, autores en general norteamericanos. Tenía una línea más bien anglosajona, de fuertes traducciones de libros que no existían en castellano. Me acuerdo de *Tristes trópicos* de Levi Strauss, no estaba en castellano y lo traduce EUDEBA. Y muchos de esa índole que eran grandes clásicos que forman parte de una de las grandes experiencias de aquella Universidad que había clausurado Onganía. Después, con Jauretche, no era un editor, era un gran personaje, un gran humorista, un gran poeta gauchesco, y un gran guionista. Editó lo que se editaría en la época. Por ejemplo, Velasco Alvarado, que era un General mariateguista, imperfecto, como todo General, pero editor de Mariátegui, que fue enseguida desplazado por los militares. Pero la experiencia a Perón le interesaba, y por lo tanto había que editar cosas de la experiencia peruana. Hoy Velasco Alvarado estaría a la izquierda de cualquier cosa que se piense en Latinoamérica. De modo que había ese entusiasmo, y EUDEBA pertenece al período de Puiggrós. Después queda Ernesto Villanueva, que como estaba más vinculado a la vida orgánica de las organizaciones más activas del momento, tampoco tuvo tiempo de pensar esta cuestión, y se puede decir que era una universidad juvenilista, con personas militantes hasta ayer que ocupaban cargos importantes en el Rectorado. El Rectorado también era un hervidero de personas que entraban, salían.

Volviendo a la cuestión de la intervención de las universidades, a Perón no le hacía ninguna gracia la universidad, él está en vida cuando la interviene Otagano, que es la ultraderecha peronista. Ahí comienza la persecución en serio y los secuestros de muchos dirigentes estudiantiles. Había mucha violencia en el Rectorado. En aquel momento, las organizaciones que tenían su presencia más viva en la Universidad, sobre todo Montoneros, pintan toda la ciudad con una expresión que todavía recuerdo: "Si Ota-la-gana, el pueblo la pierde", un chascarrillo ingenioso de la época. Pero lo cierto es que "Ota-la-ganó", en el sentido de que destruyó buena parte de la militancia estudiantil y lo que de bueno pudieron haber tenido las experiencias de las Cátedras Nacionales, que estaban en el medio de la tormenta. Mi posición personal hoy es de simpatía hacia aquella experiencia; no dejo de ver las desmesuras que había también.

Daniel: –Con respecto a la integración de prácticas y a las prácticas concretas de las Cátedras Nacionales... Yo, la verdad, he cursado Filosofía, y siempre he cursado Filosofía separada de Sociología. Pero en esa época estaban unidas Sociología y Filosofía. ¿Eso influía también?

Horacio: –Te voy a decir una cosa que sigo pensando. Cuando se discutió en la época de Alfonsín cómo se iba a reestructurar la nueva Universidad, se usó una expresión que fue “la universidad de las 14 carreras”, que eran todas las que hoy son Filo y Letras más las que había nuevas creadas por José Luis Romero: Sociología, Psicología y alguna otra más. Trabajo Social se creó con Alfonsín y Comunicación también con Alfonsín. De modo que hubiera sido difícil una Universidad ampliada llamada Filosofía y Letras que tuviera tantas otras carreras, una de las cuales, Ciencias de la Comunicación, era masiva, y tenía grandes profesores como Nicolás Casullo o Ricardo Forster, o Alejandro Kauffman, o Cristian Ferrer, que eran profesores que introducían en la cuña de los estudios frankfurtianos o libertarios, en el sentido anterior de la palabra libertario, en una carrera que finalmente está destinada a generar el personal de la televisión, de los medios de comunicación.

Entonces, ahí la Universidad tiene que ser más bien resistente que acomodarse a las modulaciones internas que reclama el capitalismo para generar su personal; que primero le deja ser cuatro años de izquierda revolucionaria y después se convertirán en los mejores hackers, en los mejores fabricantes de software, en los mejores teóricos de la economía de la información, en los mejores neoliberales. Me parece que hay un tema de la Universidad respecto de cómo rearmar su cultura institucional y sus metas institucionales. Pensar la Universidad hoy es un verdadero dilema. Yo creo que así como está no puede seguir, pero tampoco sería responsable hacer un cambio no meditado, sin participación en todas las Facultades hoy existentes, y con la posibilidad de apertura de las actuales autoridades, que si me fijo en las de Rectorado no creo que la tengan. Entonces también habría que pensar en un movimiento estudiantil que no esté tan atado a sus compromisos políticos, para que sea un actor impulsor de esta transformación universitaria indispensable. Yo creo que la Facultad de Filosofía y Letras ha sufrido mucho con estas transformaciones. Tendría que haber contenido por lo menos a Sociología y a Psicología. Cuando funcionaron juntas fue una relación muy interesante. No digo interdisciplinario porque no creo en esa expresión, no la veo útil. Pero las materias que se intercambiaban –era muy fácil hacerlo, no había que cruzar una avenida ni pasar a otro edificio– enriquecían totalmente. Si yo sé algo de

Hegel es porque estudié Sociología en una Facultad de Filosofía. Así podría decir con muchos autores. Y lo mismo los filósofos que podían asomarse a Max Weber, que fue un gran filósofo pero que solo se estudiaba en la carrera de Sociología. Entonces también dudo de los estamentos o de las mamparas que separan artificialmente estos conocimientos. Y eso tendría que verlo una futura reforma universitaria.

Daniel: –¿Había en la época de las Cátedras Nacionales reclamos identitarios como los que parece haber ahora en el campo popular, reclamos de género, o reclamos que vayan en torno a la crítica del eurocentrismo, latinoamericanistas, decoloniales?

Horacio: –Latinoamericanistas desde ya. Si te digo que Jauretche publicó a Velasco Alvarado fue en nombre del latinoamericanismo. Mariátegui se leía poco pero se leía en la carrera de Sociología; hoy es un lugar común la lectura de Mariátegui. La presencia de Franz Fanon era muy importante, y al ser caribeño había un toque latinoamericanista –caribeño del lado francés–. La lectura de Guevara, que se podría decir que era un latinoamericanista, aunque sus temas eran el humanismo socialista, expresión que no era adoptada de una manera muy entusiasta. Yo diría que lo que hoy aparece como decolonialismo es una tendencia más bien originada en miradas latinoamericanistas de Norteamérica. Eso no existía, pero se comenzaban a leer, sobre todo en las Cátedras Nacionales. Las lecturas eran sobre las Teorías de la Dependencia. Por ejemplo, Fernando Henrique Cardoso era una gran lectura, era un personaje muy simpático de las Cátedras Nacionales. Darcy Ribeiro era una gran lectura, que además venía a dar clases. Me acuerdo una gran clase de Darcy Ribeiro en las Cátedras Nacionales: lo había traído Alcira Argumedo, con la cual era amigo, porque estaba exiliado en Montevideo; y se puede decir que su modo de hacer antropología era un modo de aplicar lo latinoamericanista o lo brasileño; Brasil, al tener otro idioma que el castellano, y que hablan muchísimas personas, disputaba un tipo de latinoamericanismo con el latinoamericanismo guevarista. El latinoamericanismo de Darcy Ribeiro era más etnográfico, más etnológico, y más afrancesado también, aunque afrancesado de una manera abrasileñada. *Tristes trópicos*, de Levi Strauss, lo conocimos por Darcy Ribeiro, que decía que era el tercer libro sobre Brasil. Y además hacía el chiste, que nos hacía reír a todos, “el cuarto es el mío”. Es un personaje del populismo brisolista, y de alguna forma un varguista, un varguista de izquierda. Y por eso hay una cierta conexión con el peronismo de izquierda. Es interesante comparar la Universidad de San

Pablo hoy con la Universidad de Buenos Aires. Hay muchas diferencias porque el academicismo de tipo francés pegó muy fuerte en la Universidad de San Pablo hasta hoy; en cambio, la Universidad de Buenos Aires, al pasar por la experiencia populista autodidacta, que además tenían en muchos casos gran nivel intelectual, pudo dar un Ernesto Laclau, por ejemplo. Pasó por Inglaterra, pero si Ernesto hubiera pasado por Francia no hubiera producido esa obra. Pasó por Jorge Abelardo Ramos, que era una figura muy leída en la época, y volviendo para Inglaterra se transformó en la famosa teoría del populismo con su libro *La razón populista*. Es un libro para mí muy cuestionable, pero sin embargo tiene ese sentido, originar una gran discusión.

Facundo: –Es claro que en las Cátedras Nacionales evidentemente se leían autores que no circulaban por el resto de las currículas, como se dice en Ciencias de la Educación. Nombreste a muchos, y en particular en esta relación de la universidad con la comunidad y la reivindicación de contenidos latinoamericanos, me acuerdo que alguna vez habías referenciado que en tu práctica pedagógica había calado hondo, más que la pedagogía del oprimido, el teatro del oprimido, de Augusto Boal.

Horacio: –Mi experiencia respecto de esto, que podemos decir que fue una experiencia absurda, se dio en la época de Puiggrós –con el cual tuve una relación fugaz pero buena–; fue con el que era el Decano de Ciencias Económicas, recientemente fallecido, Oscar Sbarra Mitre, que fue también Director de la Biblioteca Nacional. Me invitó a dar la materia inicial de la Facultad. Y yo le propuse unificar los cursos con un grupo de teatro. El grupo de teatro era el de Augusto Boal, que estaba exiliado en Buenos Aires. Y en ese grupo participaba Mauricio Kartun, con el cual me hice muy amigo hasta hoy. Y las clases se daban en el aula magna de la Facultad de Medicina, pero los estudiantes eran diez mil –eso fue en pleno camporismo–. Y diez mil estudiantes, ¿dónde los ponés? ¿Qué clase das con diez mil estudiantes? Optamos primero por vaciar el garaje de Ciencias Económicas, donde hoy está el edificio que construyó Barbieri. Había un garaje, y en ese garaje cabían diez mil personas muy apretadas. La primera clase se dio ahí, pero los automovilistas que estaban estacionados en el garaje, por orden del Decano tuvieron que salir todos. Por supuesto, era un enfrentamiento de alumnos de pie con automovilistas; eso no podía ser. Entonces la primera clase fue un desastre. Yo di la primera clase con un micrófono que no andaba bien. La materia se llamaba Historia Nacional y Popular. *La Opinión*

estaba en contra de la experiencia, y salió "Inédita experiencia en la Facultad de Ciencias Económicas: un profesor desaloja el garaje y hace bailar el malambo nacional y popular a los alumnos", algo así decía Timerman. Después lo hablé con Timerman, años después, y le reproché que interpretara tan mal una experiencia pedagógica que podía ser interesante. Después conseguimos el aula magna de Medicina, pero ahí había que dar en tres turnos: mañana, tardecita y noche, tres mil, tres mil y tres mil, porque mil no venían. Ahí la clase consistía en la clase mayor que daba yo con el grupo teatral; era Augusto Boal primero, y después Kartun con su grupo teatral, que representaban escenarios de la historia argentina, con una cierta alineación revisionista, pero con actores de primera –hoy son todos los grandes actores del teatro independiente argentino los que trabajaban ahí– y con la dirección de Kartun que es uno de los directores más importantes del país. A Kartun le gustaba mucho la experiencia, y él había hecho un guion sobre la base de mis clases; duraba una hora la representación teatral, que no se la perdía nadie; se daba tres veces por día y yo daba una clase de media hora. Y después había como 40, 50, 60 prácticos para contener a los diez mil alumnos. Y ahí los ayudantes eran los que hoy son ministros, subsecretarios de Estado, militantes, jefes de multinacionales. Esa experiencia fue una experiencia sobre la cual leí alguna vez algo escrito, condenatorio. Pero de alguna manera se podría decir que yo tampoco haría jamás algo de esa índole, porque además no hay lugar para hacerlo. Era la réplica de un acto en Plaza de Mayo, trasladado a la pedagogía universitaria. Eso no podía ser, por más buenos que fueran los actores, por más preparadas que estén las clases. Resulta que en la sala de Medicina, una gran aula magna, que tiene tres pisos, caben tres mil personas. Están las banderas de todos los países. Y siempre que empezaba la clase, el ordenanza, antes que empezara el grupo teatral y ante el gran aplauso de la sala, hacía como una reverencia, entraba y sacaba la bandera de los Estados Unidos. Nadie le había dicho nada. Entonces las clases iniciaban con ese acto. Después alguien la volvía a poner, y a la semana siguiente volvía el ordenanza y sacaba la bandera de los Estados Unidos. Se daban en ese clima las clases. No sé cómo se llama esa pedagogía, pero era un aquelarre. Hoy cuando nos vemos, Mauricio Kartun y otras personas recuerdan esa experiencia. Y la recuerda mucha gente. Es gente grande la que hizo esa experiencia, pero hasta hace pocos años, si iba por la city porteña, todos los que estudiaban Ciencias Económicas y hoy son gerentes, contadores, alguno fue ministro, algunos me paraban y me decían "qué cosas hacían ustedes, eh"; todos personajes conservadores.

Facundo: –Para cerrar, preguntarle a Horacio si consideraría posible, de alguna manera, recrear el espíritu de las Cátedras Nacionales, o a través de proyectos de Extensión Universitaria, como se llaman ahora, o de reformulación de espacios docentes instituidos.

Horacio: –No, creo que no. Porque efectivamente se hizo en medio de una revolución social y política inédita. La llegada de Perón fue eso, el gobierno de Cámpora fue eso. Y eso originó la feroz represión posterior. Yo canalizaría toda esta cuestión que se dio en aquellos años, a una gran reforma universitaria llamada por profesores, rectores, me parece que la universidad pública lo merece. Sobre todo por las diferencias que hay. No digo que haya que unificar todo, pero en relación a las nuevas universidades del conurbano y de todo el país, la situación politizada en términos muy partidistas en la que está la Universidad de Buenos Aires, y cierta reiteración más o menos ritual de las clases, el modo en que hablan los profesores; es decir, cierta irreflexión que hay cuando se habla. Pondría un gran debate en términos de las reformas educativas. Que no moleste a nadie, que cada uno cuente su experiencia, y que en algún momento, con el aval del Ministerio de Educación –aunque por supuesto mis cuestionamientos a Trotta son totales–, pero cuando haya alguna vez un Ministro de Educación más interesante, se puede llamar a un Congreso Educativo Nacional Universitario que plantee una reforma universitaria. Porque cada universidad provincial, cada universidad del conurbano, tienen cosas muy interesantes, pero también están muy atadas a condicionamientos que no son parte del pensamiento vivo de esa universidad. Salvo excepciones. Pongo la Universidad Nacional General Sarmiento como una de las más excepcionales. Yo creo que están bien las diferencias profesionalistas, como la Universidad de Luján que tiene inclinación a la formación agropecuaria. Habría que preguntarse por el papel de las Humanidades y de la Ciencia en general en todas las universidades con alguna plataforma mínima destinada a la singularidad de cada espacio universitario, y que, respetando las particularidades, de algún modo se genere un espíritu universitario capaz de interrelacionarse de una forma más interesante en la Argentina. Hoy eso no lo estoy viendo. Puede ser porque estoy menos vinculado que antes a la universidad. Pero las universidades, al responder a cada situación regional, a veces lo hacen con un particularismo que las inhibe demasiado de tener una vocación universalista, como el propio nombre de la universidad lo reclama. Hay que evitar la “universidad nicho”.